

Cuando la paz duele.

Reflexiones en torno al genocidio contra la Unión Patriótica en Colombia

*Alexander Montealegre Saavedra**

Resumen

A través de un ejercicio de revisión e interpretación, en este artículo se analizan los discursos centrales con los cuales se ha buscado explicar las dinámicas propias de la violencia, al identificar sus principales falencias y omisiones. A continuación, se incorporan elementos de interpretación basados en las ideas foucaultianas para entender las circunstancias propias de la violencia como práctica social circunscrita a toda organización social, para caracterizar una de sus expresiones más radicales: las prácticas genocidas. Por último, se contextualiza el genocidio perpetrado contra la Unión Patriótica UP en Colombia, como una de las primeras expresiones de la violencia transpolítica en el país.

Palabras clave: genocidio, paz, proceso de paz, Unión Patriótica (UP), violencia, violencia transpolítica

Abstract

Through an exercise of revision and interpretation, this article analyzes the central discourses that have explained the dynamics of the violence, identifying its main flaws and omissions. Thereafter, it incorporates elements of interpretation based on Foucault's ideas, in order to: 1) understand the circumstances of violence as a social practice circumscribed to any social organization, and 2) characterize one of its most radical expressions: genocidal practices. Finally, the genocide perpetrated against the Unión Patriótica (UP) in Colombia is outlined as one of the first expressions of transpolitical violence in this country.

Keywords: Genocide, Patriotic Union (UP), Peace, Peace Process, Transpolitical Violence, Violence

* Político, licenciado en Ciencias Sociales y magíster en Investigación en Problemas Sociales Contemporáneos. Docente del Área de Formación Investigativa de la Corporación Unificada Nacional de Educación Superior (CUN). Contacto: alexander_montealegresaa@cun.edu.co

Introducción

Recientemente encontré una referencia esclarecedora en un libro del historiador italiano Enzo Traverso (2018), en la cual se habla de la *melancolía de izquierda* como una forma de mostrar que este espectro político se ha quedado sin utopías (proyección futura), pero tampoco se contempla el pasado como recorrido de una gesta heroica por construir futuro. Entre la memoria y la historia, se han perdido los sueños de cambio de una generación, arrojados ahora por la melancolía y el desconocimiento general. Es lo mismo que ocurre con las nuevas generaciones en Colombia y su ignorancia e indiferencia frente al más reciente pasado político, en particular, el de la izquierda¹.

Este artículo promueve una reflexión crítica en torno a las explicaciones teóricas que los paradigmas dominantes en la modernidad ofrecen en el marco de las relaciones (siempre inestables) entre cultura, violencia y política. La premisa invita a superar las explicaciones tanto del marxismo como del liberalismo, en función de otras formas de entender la relación entre los elementos mencionados.

Elementos teóricos. Un acercamiento

A veces vale la pena cuestionarse si las creencias, cualquiera sea su origen, no terminan por obnubilar el razonamiento y la crítica, pues generan una “verdad revelada” que no dice nada, y contra la cual ningún argumento parece debilitar

Pienso, luego desaparezco: Unión Patriótica

GRAFITI EN BOGOTÁ

En una primera parte, se hará un breve recorrido por estas explicaciones, se identificarán sus debilidades y se propondrá un diálogo fructífero con algunos elementos teóricos de la teoría foucaultiana, en especial con la propuesta del profesor Muñoz (2012) en torno a la *gubernamentalidad* bélica. Después, se identificarán los hechos más relevantes en torno a la práctica genocida perpetrada por elementos estatales y paraestatales contra el partido político de izquierda Unión Patriótica (UP), como producto de los acuerdos de paz entre el gobierno de Belisario Betancur (1982-1986) y la insurgencia de las Fuerzas Revolucionarias Armadas de Colombia - Ejército del pueblo, FARC-EP. También se promueven algunas reflexiones finales que invitan al lector a considerar los hechos descritos en el artículo como la incorporación del país en lo que se puede denominar como *violencia transpolítica*, para lo cual será necesario la eliminación de las voces disidentes, así como la recreación de una atmósfera de miedo que, en última instancia, busca legitimar lo acaecido con la violencia reciente.

el discurso en el común de sus seguidores. En términos generales, los dos paradigmas propios de la modernidad, el liberalismo y el marxismo, terminan siendo insuficientes para entender escenarios particulares como la violencia que se

¹ Como experiencia personal debo admitir que, pese a la gravedad del argumento, en diversas sesiones para diferentes grupos en educación superior he preguntado qué significa la sigla UP, a lo cual se aduce en la mayor parte de los casos que o no se sabe, o se hace referencia a la película animada *UP: una aventura de altura*. Siempre he considerado que el problema central no es el desconocimiento sino el desinterés.

ejerce en contra del sujeto moderno: el militante socialista. En ambos, la paz puede ser entendida de manera negativa como ausencia de violencia (Joas, 2005).

En el liberalismo, más allá de sus múltiples variantes, la violencia es asociada a la pobreza, el atraso, el subdesarrollo, la incivilidad, la barbarie, en cualquier caso, a un elemento irracional que limita o dificulta asumir como propios los placeres propios de la razón. Se trataría más de un ejercicio de carácter individual según la proyección que cada quien realice de sus apuestas y capacidades; de allí se desprende su perspectiva universalista que niega otras formas de entender el orden social. En esta mirada –como se sabe– la intervención del Estado suele estar limitada a garantizar la seguridad y establecer un mínimo de reglas de juego aceptables por todos los participantes (Mouffe, 1999). El desarrollo y el progreso asociado a ese orden social, como producto de la racionalidad humana y de la búsqueda de intereses personales o individuales, redundará en mayor bienestar colectivo. Como se puede inferir, se hace caso omiso de la violencia implícita en cualquier forma de orden social.

En el caso del marxismo, aunque menos desastroso y sin perjuicio de sus múltiples matices, un idealizado futuro donde triunfe la abolición de las estructuras existentes permitirá superar las formas de violencia implícitas en la explotación capitalista y la estructura de clases de donde proceden la violencia y la injusticia. En este caso, la interpretación de la violencia es de tipo estructural, de allí que la incidencia del individuo en estas sea secundaria, pues lo que se privilegia son las fuerzas suprahistóricas de la economía, la razón y el progreso (desarrollo de las fuerzas productivas, contradicciones de clase, etc.).

No es del interés de este artículo prestar mayor atención a los matices existentes al interior de estas perspectivas teóricas. Incluir elementos, como los de Gramsci (Thomas, 2009), para explicar la importancia de la hegemonía, la cultura y el papel que desempeñan los bloques históricos en la correlación de fuerzas específica en determinado momento histórico nos daría una perspectiva enriquecedora pero ajena a los propósitos ya planteados. Lo que se quiere resaltar es que, al menos en la mirada más general, los paradigmas dominantes del mundo moderno buscan invisibilizar la violencia como elemento central del orden social, especialmente aquella violencia que no responde a la formación y consolidación de las estructuras del estado-nación, por lo que, en ese sentido, sus lecturas resultan insuficientes para entender contextos de violencia específicos como el colombiano.

Una lectura alternativa que ponga el acento en momentos históricos, en los que ambas, violencia y paz, sean parte del discurso y repertorio estatal permitiría problematizar la idea según la cual la paz es ausencia de violencia. Hay que recordar el peso histórico de las prácticas coloniales, de descolonización y, más recientemente, las dictaduras militares y los tránsitos hacia la democracia en América Latina; así como la antigua “Cortina de Hierro”, en algunos países europeos. En el caso de Colombia, la década de los años ochenta es un buen ejemplo de lo que aquí se quiere defender: nuevos modelos de violencia estatal, de “gubernamentalidad bélica” (Muñoz, 2012), en los que se hacen indistinguibles las prácticas de violencia y paz (coerción y consenso), que dieron lugar a un genocidio político contra un partido de oposición surgido de la primera experiencia de paz contemporánea en el país: la que lideró la administración de Belisario Betancur (1982-1986).

Estas nuevas formas de violencia, que aquí denominamos como *transpolítica* (Montealegre, 2015), implican la existencia de unas fuerzas centrífugas, cuya mayor expresión está signada por la segregación social, el clasismo, el racismo y la discriminación. Todas estas fuerzas subyacen en las relaciones sociales cotidianas y, a manera de hipótesis, se dan como producto y desarrollo de la incorporación del neoliberalismo como práctica social, que, para lograr su grado de expresión actual, debió atacar los vínculos de solidaridad y resistencia (Medina y Téllez, 1994) presentes en el mundo político y social, frente a lo cual lo ocurrido con la UP puede representar una de sus expresiones más radicales y violentas.

Hay por lo menos dos formas de entender, de una manera alternativa, la violencia y sus vínculos con el orden social. Por un parte, en la tradición neomarxista, autores como Mouffe (1999) plantean que lo político debe entenderse como el escenario social no violento por excelencia, aunque se torne conflictivo, dinámico e inestable, pues se caracteriza, fundamentalmente, por ser un escenario plural y contingente: es plural porque reviste la posibilidad de incorporar múltiples miradas; y contingente, precisamente, porque no existen determinismos, ya que cada contexto histórico implica sus especificidades. Se trata de mecanismos para poder expresar e

implementar escenarios posibles de diversas ideas políticas, que afecten intereses específicos y construyan alternativas para los diversos órdenes sociales y políticos.

Otra forma de entender la relación mencionada tiene que ver con una acepción fundamentada en las tesis foucaultiana, especialmente en una de las incluidas en el libro *Defender la sociedad* (2000). En este, a través de un ciclo de conferencias, se realiza un análisis genealógico que permite comprender la presencia de la violencia en la sociedad y la emergencia de prácticas racistas y genocidas, la concepción de la violencia como una relación social permanente, la manera como desde los discursos y prácticas hegemónicas la sociedad es escindida en dos partes, frente a una de las cuales se inicia un proceso de aniquilación y destrucción. Además, en esta obra es invertido el conocido aforismo de Clausewitz, según el cual “la guerra es la continuación de la política por otros medios”, pues ahora será la política la continuación de la guerra por otros medios. Desde esta perspectiva, “el papel del poder político sería reinscribir perpetuamente esa relación de fuerza, por medio de una especie de guerra silenciosa, y reinscribirla en las instituciones, en las desigualdades económicas, en el lenguaje, hasta los cuerpos de unos y otros” (Foucault, 2000, p. 29).

Genocidio como expresión de violencia transpolítica

Hay situaciones cuya acción concreta se presenta en la historia, aunque no haya existido la denominación en el momento histórico particular. El genocidio es una de esas prácticas. Sería incontable narrar la cantidad de ejercicios o prácticas de reorganización social, en los que la violencia sea un medio expedito contra diversos colectivos

sociales, étnicos, nacionales, políticos, sexuales, religiosos, etc. El objetivo, según plantea Bauman (1997), no se agota en la perpetración del genocidio o la violencia sistemática; se trata de organizar con nuevos elementos el orden social. Aludiendo a un símil, se trata de la figura del “jardinero”, en la que es importante decidir qué



hierbas deben conservarse y cuáles deben ser podadas (un criterio ideológico moderno).

Sin embargo, sólo después de la Segunda Guerra Mundial se le daría su connotación jurídica y política actual, que no está exenta de discusión y pulsos de fuerza políticos e ideológicos: la URSS logró que no se incluyera, de manera explícita, la referencia a grupos políticos, logrando finalmente, cierto consenso frente a la definición adoptada que plantea que el genocidio es

cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso como tal: a) matanza de miembros del grupo; b) lesión grave a la integridad física o mental de los miembros del grupo; c) sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial; d) medidas destinadas a impedir nacimientos en el seno del grupo; e) traslado por la fuerza de niños del grupo a otro grupo. (citado en Feierstein, 2007, pp. 40-41)

Precisamente, Daniel Feierstein (2007), en su obra *El genocidio como práctica social*, reconoce diversos tipos de genocidio:

- Genocidio constituyente, propio de la fase de creación/consolidación de un Estado nación. Se hizo alusión antes a las guerras europeas, pero también al altísimo nivel de violencia de los procesos de invasión y conquista en América. Se trata de aniquilar a la población originaria o aquella que por alguna razón no hace parte de los nuevos contornos esgrimidos en la construcción del estado.
- Genocidio colonialista que opera básicamente por la necesidad de utilizar recursos naturales de poblaciones autóctonas, o de esclavizar a

estas mismas poblaciones. Se caracteriza también por su externalidad o por la construcción de esa externalidad en el sentido de legitimar su accionar como proceso civilizador, como puede ser la caridad cristiana frente a otros (los bárbaros) que no son responsables de su miseria.

- Genocidio poscolonial, que se refiere al exterminio de población en el marco de las luchas de liberación nacional, incluso bajo ideologías nacionalistas y liberadoras. Si el fin de la dominación colonial genera luchas endógenas por el poder, esta práctica mutará hacia la primera caracterización (genocidio constituyente).
- Genocidio reorganizador, que para el tema analizado resulta ser el de mayor interés. En este caso se “remite a la aniquilación cuyo objetivo es la transformación de las relaciones sociales hegemónicas *al interior* de un Estado nación preexistente” (Feierstein, 2007, p. 100). Impone lógicas de delación, desconfianza y, por supuesto, miedo.

La ambigüedad implícita en el lenguaje posibilita entrar a justificar cualquier posición en medio de las más diversas orillas ideológicas. Para el caso que nos interesa en este artículo, Feierstein (2007) define, el genocidio reorganizador como aquel orientado por el objetivo central de

clausurar aquellas relaciones que generan fricción o mediaciones al ejercicio del poder -contestatarias, críticas, solidarias- y reemplazarlas por una relación unidireccional con el poder, a través del procedimiento de la delación y la desconfianza. La ruptura de las “relaciones de reciprocidad” entre los seres humanos constituye el objetivo central de esta modalidad genocida que opera “reorganizando” la sociedad, estructurando otro tipo de vínculos hegemónicos. (p. 104)

Ahora bien, esta “reorganización” no es suficiente para el despliegue esperado de las prácticas genocidas. Para ser efectivo, se requiere de la apropiación de la memoria histórica, la construcción de un discurso hegemónico justificador y legitimador del genocidio perpetrado. Es parte de lo que se ha vivido en función de los genocidios perpetrados en la historia: la deshumanización, el clasismo cultural; o el discurso político y religioso, salvador y mesiánico, en fin. Es lo que también ocurrió en el caso de la UP, como se verá en el siguiente apartado.

Valdría la pena preguntarse ¿es posible resistir al genocidio? En línea con lo expuesto hasta aquí, no puede haber respuestas unívocas. Se tratará, en cualquier caso, del lugar de enunciación, de la particularidad de los contextos. No deja de ser romántica la idea que defiende Fassin (2018), quien analiza el tema de la violencia, el poder y su inscripción en el cuerpo, en la comprensión de los inicios de la “primavera árabe” y, en particular, la actitud de Mohammed Buazizi (inmolado al ser víctima de una injusticia por parte de

la policía tunecina). Fassin (2018) también sostiene que su inmolación “en cierto sentido es la respuesta más violenta que pueda imaginarse a la violencia” (p. 104), y que, en última instancia, “la existencia justa puede ser aún más elevada que la mera vida” (p. 104).

Sin embargo, cuando se conocen los hechos relacionados con la historia política de la izquierda en Colombia, resulta poco alentador lo esbozado en el párrafo anterior. En últimas, puede ser entendido como un llamado a la inacción. Se podría argumentar –mejor– que la academia es el campo de acción más propicio para la confrontación de la historia y, en ese sentido, entender la lucha con argumentos e interpretaciones frente a los fenómenos que se quieren dilucidar. La memoria y la historia son escenarios de confrontación y disputa, y es necesario empezar a entenderlos de esa manera para proyectar espacios de apropiación y transformación desde cualquier lógica de acción, política, social, económica, artística, cultural, personal, etc.

El genocidio contra la UP: un breve recuento

En la historia reciente de Colombia se presentó un genocidio de corte político. Se trató de una práctica deliberada y sistemática de exterminio contra un grupo, en función de sus creencias y acciones políticas. Lo ocurrido con la UP debe ser entendido como paradigma de negación de cualquier asomo de oposición al sistema hegemónico, o lo que es lo mismo, la consolidación de un dispositivo de verdad que niega otras interpretaciones de la realidad.

La naturalización de la violencia a través de la práctica sistemática en contra de la UP propició

cierta legitimación de otras formas de violencia al interior de la sociedad colombiana, la violencia transpolítica, de la que se hará mención más adelante. Las sinrazones para entender este episodio son variopintas, desde la acusación irreflexiva de combinación de todas las formas de lucha (Pizarro, 2011), hasta la idea según la cual la UP se constituía como el brazo político de las FARC - EP (Pizarro, 2017), pasando por la acepción de “retaliación” a los excesos, como el secuestro, perpetrados por las FARC-EP (Duncan, 2015), o la reducción del conflicto a sus lógicas ilegales asociadas al narcotráfico. Habría que agregar la

simple estigmatización a propuestas políticas por fuera del estrecho marco bipartidista, la intolerancia social azuzada por enormes niveles de impunidad, o incluso la idea de “mentalidades genocidas” (Gómez-Suárez, 2007) en sectores específicos de la sociedad colombiana, en el marco de la doctrina de la Seguridad Nacional y el enemigo interno.

Es necesario mencionar también que, junto a la idea de paz (entendida como ausencia de guerra), se viene expresando subrepticamente la violencia transpolítica, cuyo medio difusor es el miedo (Bauman, 2007). Como menciona Mendoza (2010), se trata de una nueva forma de violencia que

ya no viene de fuera del sistema, como la de los grupos guerrilleros o la de las mafias del narcotráfico, sino una violencia que viene desde adentro, psíquica, que viene desde las entrañas mismas de una sociedad que ha entrado en catástrofe y que empieza el proceso de su autodestrucción. (p. 248)

O como sugiere Baudrillard (1997), en un tono menos apocalíptico, hay que entender estas nuevas formas de agresión como una exacerbación (obscenidad) de lo privado, de las formas de control, de sujeción, que se tornan inexorables y que permean por lo tanto nuestras formas mismas de conocimiento.

Con el fin de los metarrelatos justificadores, llega el fin de “todo horizonte de sentido” (Baudrillard, 1997). Es ir de la anomía a la anomalía, del crecimiento a la excrecencia; es romper la ley. Es el orden de lo aleatorio en el que “todos somos rehenes, todos somos terroristas” (p. 40). La idea se generalizó e interiorizó en la sociedad, como una expresión cotidiana de la política. Uno de sus más recientes síntomas lo registró el

exterminio sobre la UP, pero también están aún presentes formas de violencia contra todo aquel que represente la diferencia.

La UP fue un partido político que nació como expresión de los primeros diálogos de paz entre la guerrilla de las FARC-EP y el Gobierno Nacional en 1984, en el marco de los Acuerdos de La Uribe, en el departamento del Meta. Estos acuerdos establecieron la hoja de ruta para una eventual desmovilización del grupo insurgente y, entre otras cosas, contemplaron la posibilidad del proselitismo político a través de una plataforma política a nivel nacional.

La UP fue un movimiento amplio de participación popular que, lamentablemente, fue asolado por la lógica de la violencia genocida. La cifra de víctimas oscila entre 3000 y 6000 militantes asesinados –dependiendo de la óptica con la cual se mire–; lo único que queda claro son la sistematicidad y la impunidad inherentes al hecho.

Se trató de un ejercicio sistemático de violencia contra senadores, representantes a la cámara, dos candidatos presidenciales, candidatos a alcaldías municipales y alcaldes en ejercicio; contra la militancia, el pensamiento disidente y cualquier expresión de escenarios alternativos: sindicalistas, líderes sociales, docentes, artistas, etc. Se proscribió una forma particular de pensar, entender y actuar frente a los problemas del país. No fue suficiente el creciente distanciamiento del partido frente a las acciones de las FARC-EP y la profundización de la confrontación. El 17 de febrero de 1989, semanas antes de su asesinato, Bernardo Jaramillo, quien en ese momento era candidato presidencial por la UP, manifestó en un evento realizado en la ciudad de Ibagué que

No se puede ser consecuente con la paz y reclamarla mientras se mantienen operativos militares a lo largo y ancho de la patria. No se puede ser consecuente por la paz y hablar de paz mientras no se combata efectivamente a los grupos paramilitares. No se puede hablar de paz, ni ser consecuente con la paz cuando no se castiga ejemplarmente a los miembros del Estado comprometidos en la violencia contra la población civil. (Jaramillo, 1989, citado en Vanegas, 1991, pp. 206-208)

Agregó también que desde la otra “ala” del conflicto, es decir, la insurgencia armada,

no se puede quedar en sus reiterativas cartas y llamamientos de paz; de que el movimiento insurgente debe dar pasos precisos y serios para aclimatar un ambiente de diálogo. Nosotros estamos convencidos de que la continuación de los atentados terroristas a oleoductos, a las torres de energía y a los diversos centros de producción del país, no contribuye para nada al anhelo de paz de los colombianos. Estamos convencidos también de que el secuestro y la extorsión no son un mecanismo de la lucha política ni aquí ni en ninguno de los países de América Latina, donde se está librando un conflicto armado. Y estamos también convencidos de que tanto el movimiento guerrillero en su conjunto -que hoy incluso reclama la humanización de la guerra, que quiere librar hasta el último muerto- así como las fuerzas oficiales, tienen que cesar en su acción contra la población civil a lo largo y ancho del país para que se les pueda creer que quieren la paz. (Jaramillo, 1989, citado en Vanegas, 1991, pp. 206-208)

Para las elecciones realizadas en el marco de la Asamblea Nacional Constituyente, el partido logró obtener 2 curules de 74. En aquella ocasión su representación apenas rondaba el 2,56 % (Romero, 2012), cifra muy inferior a la lograda por otras colectividades. Cabe resaltar el consuetudinario notable abstencionismo en el país cuyo

promedio histórico supera fácilmente el 50 %. Lentamente, el movimiento político más importante de la década de los años ochenta regresará a los niveles históricos de participación electoral de la izquierda colombiana. Para 1994, último año de participación electoral con algún nivel de representación, en las elecciones para presidente apenas obtuvo un 0,59 % de los votos (Romero, 2012). En las elecciones para el Senado, logró elegir a quien sería su última carta parlamentaria: Manuel Cepeda Vargas, asesinado poco después en las calles de la capital colombiana en agosto de ese mismo año, cerrando un ciclo nefasto de persecución y homicidio sistemático.

En el año 2002 se dio el retiro de personería jurídica por parte del Consejo Nacional Electoral (CNE), con el argumento de no cumplir con los requisitos mínimos necesarios para mantener dicha personería, entre ellos, la no consecución de al menos 50 000 votos en las últimas elecciones. El caso ha sido demandado ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos, gracias a la iniciativa y perseverancia de miembros sobrevivientes de la agrupación política y de la lucha de algunas ONG como Reiniciar, aunque aún no se ha fallado en última instancia, frente a la responsabilidad del Estado Colombiano. Los intentos de solución amistosa fueron suspendidos durante la administración Uribe (2002-2010).

Por último, once años después de haber sido despojada de su personería jurídica y con ello, haber impedido la participación electoral de la UP en los diversos comicios hasta la fecha, en 2013 un nuevo fallo del CNE le regresa esta figura formal, pero necesaria, para participar en política a la agrupación. Fue un acto inicial de justicia pues nunca fueron tenidos en cuenta los alevosos hechos en su contra, mucho menos el grado de impunidad generalizado -cercano al 98 %- del cual ha sido objeto el genocidio.

Imelda Daza, antigua militante de la UP, considera que el gran problema, al no saber quién o quiénes estuvieron detrás de los crímenes contra la Unión Patriótica, es que no hay a quién perdonar (Daza, 2016). El país se encuentra en mora de reconocer que fue el gran perdedor, que los sectores populares perdieron un mediador óptimo para sus demandas políticas, que se construyó un nuevo argumento para justificar la negativa de la insurgencia a desmovilizarse y que, como si fuera poco, la desigualdad siguió su curso y se consolidó durante los años siguientes en el marco del silenciamiento de algunas voces aún críticas.

Es en este sentido que es necesario preguntarse si la UP no se constituyó en una fuerza activa separada de lo que podía, de su potencia, lo que impidió el crecimiento y reproducción social de un pensamiento crítico y propositivo, que habría podido erigirse en alternativa real en el ejercicio del poder. Se trataba de despojar de materialidad un discurso que propugnaba por construir una verdadera democracia, y así poder seguir

hablando de democracia, mientras se incrementaba la violencia y la desigualdad.

De esta manera se podría entender las razones que explican que “en los últimos tiempos, cuando el pragmatismo juega un papel preponderante y las “ideas verdaderas” se dejan de lado, los intelectuales de izquierda han decidido apostar abiertamente por la democracia” (Zuleta, 2006, p. 391). A esto se agrega que se trata de una idea liberal de democracia, que niega el conflicto y acepta la desigualdad económica y social. Porque en el marco de las prácticas genocidas, la apropiación de la interpretación histórica y la proscripción del pensamiento son estrategias de acción que buscan imponer un pensamiento único. Por ello, sólo en este escenario adquiere sentido trágico el epígrafe inicial, pero también por ello la proyección del título, porque hay momentos históricos en los que una idea loable de paz puede ser instrumentalizada para imponer una forma de entender la realidad a través del ejercicio de la violencia.

Referencias

- Baudrillard, J. (1997). *Las estrategias fatales*. Barcelona: Anagrama.
- Bauman, Z. (1997). *Modernidad y holocausto*. Madrid: Sequitur.
- Bauman, Z. (2007). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona: Paidós.
- Daza, I. (2016). *Entrevista a Imelda Daza en Pregunta Yamid*. Recuperado de <https://bit.ly/3fXE6cc>
- Duncan, G. (2015). *Exclusión, insurrección y crimen*. Recuperado de <https://bit.ly/2VgLmI4>
- Fassin, D. (2018). *Por una repolitización del mundo. Las vidas descartables como desafío del siglo XXI*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Feierstein, D. (2007). *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2000). *Defender la sociedad. Curso en el Collège de Francia 1975-1976*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la Biopolítica. Curso en el Collège de Francia 1978-1979*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gómez-Suárez, A. (2007). Bloques perpetradores y mentalidades genocidas: el caso de la destrucción de la Unión Patriótica. *Revista de Estudios sobre Genocidio*, 1(2), 42-52. Recuperado de <https://bit.ly/2Czil3P>
- Joas, H. (2005). *Guerra y modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo XX*. Barcelona: Paidós.
- Medina, C. y Téllez, M. (1994). *La violencia parainstitucional, paramilitar y parapolicial en Colombia*. Bogotá: Rodríguez Quito Editores.
- Mendoza, M. (2010). *La locura de nuestro tiempo*. Bogotá: Planeta.
- Montaña, F. (2013). *El gato y la madeja perdida*. Bogotá: Alfaguara.
- Montealegre, A. (2015). Violencia transpolítica y (algo) de nostalgia en la obra de Fernando Vallejo. *Revista Pensamiento al Margen*, 2, 1-20. Recuperado de <https://bit.ly/2YtSZwX>
- Mouffe, C. (1999). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Madrid: Paidós.

- Muñoz, D. (2012). Gubernamentalidad bélica. Un abordaje crítico de la guerra reciente en Colombia. En D. Silva (coord.), *Crítica, emancipación y construcción de paz. Memorias del II Seminario de la Cátedra Internacional de Teoría Crítica*. Bogotá: Corporación Universitaria Minuto de Dios.
- Pizarro, E. (2011). *Las FARC (1949-2011). De guerrilla campesina a máquina de guerra*. Bogotá: Norma.
- Pizarro, E. (2017). *Cambiar el futuro. Historia de los procesos de paz en Colombia*. Bogotá: Debate.
- Romero, R. (2012). *Unión Patriótica. Expedientes contra el olvido*. Bogotá: Centro de Memoria, Paz y Reconciliación; Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Thomas, P. (2009). *The Gramscian Moment. Philosophy, Hegemony and Marxism*. Boston: Leiden.
- Traverso, E. (2018). *Melancolía de la izquierda. Marxismo, historia y memoria*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zuleta, M. (2006). El derecho de guerra, el estado y la resistencia en Colombia: El Ejército de Liberación Nacional (ELN) y su proyecto de nación. En M. Urrego y J. Torres (eds.), *La nación en América Latina. De su invención a la globalización neoliberal*. Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.